

LA ESPERANZA DE MARÍA: CULMINACIÓN DE LA FE Y CAMINO DEL AMOR

Juan del Río Martín
Profesor de C.E.T. de Sevilla

INTRODUCCIÓN: EL MAYOR CARISMA, LA EXPERIENCIA TEOLOGAL.

María se nos presenta como un itinerario modélico para la existencia cristiana (Via Mariae)¹. Por ello, tratar de las virtudes en la Madre de Jesús es instalarse en los «nervios profundos» que configuran al creyente. La vida divina no anula lo específico y propio del existir humano, sino que lo potencia y diviniza. A estas nuevas posibilidades y potencias del hombre de orden sobrenatural se le llaman teológicamente virtudes (virtus) ἀρετή. Ellas marcan la existencia de la vida del cristiano. Ya que como dice STANISLAUS J. GRABOWSKI, «**estas virtudes llamadas teologales, son, por decir, como los brazos por los cuales el alma llega hasta Dios invisible. Ellas son los lazos que unen a los individuos y a toda la asamblea de**

¹ Así la presentaba PABLO VI en su discurso conciliar del 21 de Noviembre de 1.964: «En su vida terrena realizó María la figura perfecta del discípulo de Cristo... y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual, toda la Iglesia... encuentra en Ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo... María es el modelo de la fe y de la plena respuesta a cada llamada de Dios, el modelo de la plena conformación a la doctrina de Cristo y a su amor, para que los fieles unidos en el nombre de la Madre de todos, se sientan más firmes en la fe y en la adhesión a Cristo, y al mismo tiempo fervientes en un gran amor hacia sus hermanos, y promotores del amor hacia los pobres, de la justicia y de la defensa de la paz...»

los cristianos con Cristo»².

La vida cristiana debe estar centrada en el Señor Jesús, como fundamento y término último de nuestra existencia en la fe, esperanza y caridad. Pero esta comunión de vida con Cristo debe cumplirse en unión permanente con María, debido a que por la elección divina María ejerce una función privilegiada en la economía de la gracia. La actitud del cristiano debe, pues, reflejar este aspecto mariano de nuestra salvación, ya que como diría S. AMBROSIO: «María, ella sola, es modelo de todas las virtudes» (*De virg.* 2.2.6)³.

Al cristiano, en el Bautismo, se le «infunde, por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad» (DS, 1530). Es por ello que entra a participar, no en un mero sistema moral o de activismo social e ideológico, sino que accede de lleno a la vida de Cristo, es más, diríamos que es «otro Cristo», de ahí, que ha de tener una existencia acorde con la del Maestro.

La Sagrada Escritura testifica la infusión de las virtudes teologales: «La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). «Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad, pero la más excelente es el amor» (1Cor 13, 13). La caridad aparece unas veces como raíz de la esperanza y otras veces como su coronamiento y plenitud, es ambas cosas. Así se entiende que la Escritura nos hable unas veces de la serie fe, esperanza, caridad y otras de la fe, caridad y esperanza (1Tes 1, 3; 5, 8; Col 1, 4; Rm 5, 1-5).

El Concilio Vaticano II ha dado un relieve importante al tema de las virtudes teologales tanto para el individuo como para la Iglesia en cuanto comunidad: «cada uno debe caminar sin vacilaciones por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones

²GRABOWSKI, S. J., *La Iglesia. Introducción a la teología de S. Agustín*, Rialp, Madrid-México 1.965, p. 289. Es desde la perspectiva de la esperanza de María como vamos abordar las virtudes teologales y éstas «se llaman virtudes por cuanto que constituyen una actitud permanente, y son teologales, porque las otorga directamente Dios y a Dios conducen directamente» KRAUS, G., «Virtudes teologales»: BEINERT, W., *Diccionario de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona 1.990, p.751. O bien como la define RAHNER, K.,: «Es la respuesta fundamental del hombre a la comunicación divina, orientan la vida espiritual y personal del hombre al Dios trinitario de la vida eterna, a la participación de su vida misma, y tienen a Dios mismo, no sólo como principio y causa primera, sino también como objeto o contenido inmediato. Sacramentum mundi, Herder, Barcelona 1.976, p. 876.

³ALFARO, J., *María la bienaventurada porque ha creído*, P.U.G., Roma 1.982, p. 26; «La Iglesia, camina en el tiempo,... venera a la Madre de Cristo como su figura en la fe, en la esperanza y en la caridad». JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Redemptoris Mater*, n. 2.

y funciones que le son propias» (LG 41). Pero esto fue vivido por María, Madre en el orden de la gracia y figura de la Iglesia, en perspectiva esencialmente pascual, es por ello que se manifestó en una clara dimensión eclesial: **«Cristo, único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo invisible»** (LG 8; UR 2). **«Ella imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza y la sincera caridad»** (LG 64).

El Vaticano II afirma que María es en el orden de la esperanza, de la fe y de caridad y unión con Cristo, el ejemplar de la Iglesia, es decir, la realización perfecta de aquella comunión de vida con Cristo que la Iglesia peregrina anhela y que solamente se cumplirá en la plenitud escatológica. La Iglesia es la comunidad de la fe, la esperanza y la caridad: solamente en María se realizó perfectamente esta dimensión constitutiva de la Iglesia.

Por lo tanto: fe, esperanza y caridad constituyen la verdadera «médula de la religión cristiana». La separación existencial de estas dimensiones es impensable. Ellas impulsan tanto a la persona como a la comunidad eclesial a ocuparse de la historia terrena, en cuanto ésta entra a formar parte de la salvación y de la alianza (AA 4).

Las directrices conciliares nos han llevado a una toma de conciencia más viva de que el cristianismo es primordialmente vida teologal. Se puede decir que la experiencia teologal es el mayor carisma que Dios ha dado a la Iglesia de nuestro tiempo.

I.- LA ESPERANZA DE MARÍA, SIGNO DE LA ESPERANZA CRISTIANA.

Para comprender en qué sentido María es «signo de esperanza» se deberá tener en cuenta la teología actual de la esperanza cristiana, cuya renovación es uno de los acontecimientos más notables de la labor teológica de la segunda mitad de nuestro siglo: ¿Cuál es la auténtica esperanza cristiana, y por eso Cuál fue la esperanza de Cristo y la de María? Porque Cristo es **«nuestra esperanza»**, en cuanto vivió su esperanza; y María es **«signo de la esperanza»**, en cuanto vivió en la esperanza.

A.- Dios nos hizo esperanza.

El hombre vive en cuanto aspira y proyecta, es decir, en cuanto espera. La esperanza está presente en todas las dimensiones fundamenta-

les de la existencia humana: en su conciencia, en su libertad, historicidad y temporalidad, en su relación al mundo y a los otros. Esto es debido a que el ser vivo posee una estructura distinta a los otros seres.

El hombre se experimenta a sí mismo como «ser-en-el-mundo» (**Das-Sein**), en camino (**homo viator**), y por tanto como proyecto, como historia, como algo no acabado, que busca su más honda identidad.

En este contexto se inscriben las esperanzas y utopías de los distintos humanismos contemporáneos, que tratan de dar un sentido a la existencia humana desde una perspectiva de futuro, llamando a la esperanza como una fuerza de liberación. Pero estos humanismos no consiguen dar una respuesta satisfactoria a las profundas aspiraciones del hombre por su sentido inmanente y la falta de solución al misterio de la muerte.

Efectivamente, el hombre vive sujeto a la más radical insatisfacción. Sobre un sueño alcanzado, nace otro deseo; un deseo satisfecho provoca otro deseo... Nada nos llena entera y perpetuamente. Es cierto que la esperanza, en su forma más madura, no es deseo de cosas, sino anhelo de comunión con las personas. Pero tampoco éstas pueden llenarnos plenamente. Hay un fondo en nosotros que nadie de este mundo puede llenar, donde todas las voces se pierden sin llegar a él. Es el fondo sin fondo de nuestra alma, la infinita profundidad de nuestro espíritu, que solamente Dios puede colmar: «**Nuestro corazón está inquieto y no descansa hasta que repose en ti**» (San Agustín).

Mientras la esperanza humana tiene un carácter exclusivamente inminente, no trasciende los límites del tiempo, la esperanza cristiana se proyecta hacia un bien futuro, hacia horizonte de eternidad. Es la plena liberación del dolor y de la muerte en la resurrección y glorificación futuras del hombre. Su fundamento y garantía es la **resurrección de Cristo**, que ha hecho de la historia el tiempo de la esperanza y ha puesto al hombre en marcha hacia «unos cielos y una tierra nueva», con destino al encuentro con Dios en sí mismo⁴.

La esperanza cristiana, lejos de oponerse o destruir las esperanzas del hombre en el mundo, las integra y las orienta hacia el destino último del hombre.

B.- Cumplimiento de las promesas y promesa de un futuro nuevo.

Jesús irrumpe en la historia humana con el anuncio de que el «tiem-

⁴ «El cristianismo es escatológico, es esperanza, mirada y orientación hacia delante, y es también, por ello mismo, apertura y transformación del presente. Lo escatológico no es algo situado al lado del cristianismo, sino que es, sencillamente, el centro de la fe cristiana». MOLTSMANN, J., *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1.968, p. 20.

po esta cumplido y está viniendo el Reino de Dios»(Mc 1, 15). Era todo un mensaje de esperanza, de la esperanza en el cumplimiento ya presente de las promesas de Yahvé: la salvación está llegando. El carácter propio del Reino, anunciado por Jesús, consiste en que el Reino está ya «viniendo» ahora como gracia absoluta y «vendrá» en plenitud como don absoluto al fin de los tiempos. La historia adquiere un sentido nuevo: está ya aconteciendo la venida del Reino, y por eso toda ella queda relativizada por la gracia del Reino que vendrá.

Pero el Reino es para Jesús el «Reino de su Padre» (Mt 6, 10. 33; 20, 23; 25, 34; 26, 29; Lc 22, 29). En la actitud filial expresada por el «Abba», que es el alma de su plegaria, de su misión y de sus acciones, Jesús se entrega al Padre en la confianza de una esperanza incondicional. Él enseñó a sus discípulos a llamar a Dios «Padre»: «uno es vuestro Padre y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23, 8-9). Toda la acción y mensaje de Jesús se inspira en esas dos coordenadas esenciales del Reino: la paternidad universal de Dios y la fraternidad de todos los hombres. De ahí, que la actitud de Jesús ante la injusticia y la opresión de los pobres no fue neutral: en nombre del Dios, Padre de todos, y de la justicia de su Reino, Jesús se pone de parte de los oprimidos y proclama la fraternidad cumplida en la justicia.

Ante las exigencias del Reino que se personifican en el mismo Jesús, los sencillos y los pobres del pueblo descubren la esperanza de salvación prometida por Yahvé (Mc 1, 23.45; 2, 1-12; 3, 8; 4, 1. 5. 20. 24; 6, 33-44. 55-56; 7, 14. 24-29; 8, 1-9; 9, 14-15; 10, 46-52; 11, 1-10). En cambio, muy diversa fue la reacción de los que estaban seguros de sí mismos, de la ley, de sus instituciones religiosas y políticas. Es por ello, que el sanedrín justificó la condena de Jesús por la pretensión blasfema de ser Hijo de Dios (Mt 27, 57-66; Mc 14, 53-64; Lc 22, 66-71). Es más, la sentencia de Pilato de la crucifixión lo que revela es el verdadero conflicto entre el Reino de Jesús y los intereses del imperio romano en aquel Israel. Tanto por el tribunal judío como el romano, Jesús fue tratado como un hombre «no-hombre», como el «indefenso cordero llevado al matadero», el oprimido total.

Jesús vivió el drama tremendo y la soledad de su muerte en la actitud de la esperanza y del abandono incondicional al Padre. El Salmo 21 que Marcos y Mateo ponen en los labios de Jesús crucificado, es precisamente la expresión de la esperanza del hombre oprimido en el Dios liberador (Mc 14, 32-40; Mt 26, 38-44; Lc 22, 41-44).

La actitud de entrega y esperanza total en su Padre, y de entrega y esperanza suprema para los hombres, se manifiesta en el calvario, y es en ese preciso momento y lugar donde se da la escena de la madre junto a la cruz y las palabras que Jesús moribundo dirigió a ella y al discípulo amado;

con aquel diálogo (Jn 19, 25-27) se «sella el cumplimiento de toda la obra confiada por el Padre a Jesús» y María personifica a toda la humanidad redimida porque, **«ella es la misteriosa Madre de Sión que recibe con amor materno a los hombres dispersos, reunidos por la muerte de Cristo»**⁵.

Solamente María comprendió y vivió el drama de Jesús, abandonado de Dios y abandonándose a Él en la esperanza «contra toda esperanza». Con Jesús y como Jesús, María entregó a su Hijo y se entregó a sí misma «en las manos del Padre para la salvación del mundo; su corazón se dilató en una esperanza sin límites». **«Ella vivió y comprendió al pie de la cruz lo que solamente después de la resurrección de Jesús comprendieron y vivieron los apóstoles»**⁶.

En este acontecimiento definitivo e imperecedero (Rom 6,9-10) encuentra la esperanza cristiana su indefectible garantía: «en Cristo todas las promesas de Dios han encontrado un sí» (2Cor 1, 20). La esperanza del Crucificado termina en el Resucitado: «Él es nuestra esperanza» (1Tim 1, 1; Ef 1, 22; 3, 12.16; Col 1, 27).

C.- La espera de la Hija de Sión.

Tras el destierro a Babilonia queda el «resto» de Israel, aquellos deportados que habían esperado en el Señor, y que vuelven a la tierra, viendo así cumplida la promesa de Yahvé, **«dando vida a la fe, y por ello ésta es esencialmente esperanza, seguridad y confianza en Dios que no mentirá, sino que será fiel a su palabra de promesa»**⁷. Este «resto» son los «anawin» los pobres y humildes de Yahvé que no han decaído en la espera del Mesías, de un Salvador. María, stirpe de Israel e Hija de Sión, condensa esta esperanza y así es reconocida y alabada en la liturgia de la Iglesia:

«Oh Dios, que has cumplido las promesas hechas a nuestros Pa-

⁵ MISAS DE LA VIRGEN, *Prefacio de la Virgen María junto a la cruz del Señor*, (I). Cf. FORTE, B., *María, la mujer icono del misterio*, Sígueme, Salamanca 1.993, p. 103-106. El tema de María como la nueva Eva al pie de la cruz tiene mucha resonancia patristica, puede verse a modo de ejemplo: SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, 4, 19, 1.

⁶ ALFARO, J., *María, la bienaventurada...*, p. 83.

⁷ MOLTSMANN, J., *Teología...*, p.53. «El tema de la Hija de Sión es místico y escatológico al mismo tiempo; místico porque significa la unión entre la Virgen, Hija de Sión, y el Señor, su Esposo; escatológico porque simboliza la maternidad de la Hija de Sión y su parto doloroso de la esperanza mesiánica, de la liberación del pueblo de Dios por la venida del Mesías». THURIAN, M., *María, madre del Señor, figura de la Iglesia*, Hechos y Dichos, Zaragoza 1.966, p. 23.

dres, al elegir a la bienaventurada Virgen María, excelsa Hija de Sión.»

«Oh Dios, que has elegido a la bienaventurada Virgen María, excelsa entre los humildes y los pobres, Madre del Salvador.»⁸

María esperaba la salvación de Dios -como Hija de Sión- y ciertamente «concibió antes en su corazón que en su seno», y esto debido a su espera generosa y confiada en las promesas de Dios, en la fe que la movía a esperar el cumplimiento de las promesas que, sábado tras sábado, escuchaba en la sinagoga. Su corazón estaba virgen para el Señor porque sólo esperó en Él y así pudo concebir virginalmente en su corazón y en su seno al Verbo, Hijo de Dios⁹. Esta esperanza es celebrada por la liturgia hispánica el 18 de Diciembre, cuyos textos fueron redactados por S. ILDEFONSO. Pero será todo el tiempo de Adviento en el rito romano el que mira a María y espera «la venida saludable de Aquél que viene a sanarnos de todos los males».

La respuesta de María a la intervención divina fue de total abandono a «las manos de Dios», San Lucas lo explica en el himno del Magnificat (Lc 1, 46-55): **el himno que canta la esperanza de María**. Un examen atento del canto permite descubrir en él tres temas, que se suceden en un orden bien manifiesto:

1.- Versículos 46-50: Salta a la vista que estos versículos se centran en la persona de María y en el aspecto personal de su esperanza: **(mi alma, mi espíritu, me proclamarán, me han hecho cosas grandes)**¹⁰. La actitud de María une indivisiblemente el reconocimiento de su propia nada y el de la gratitud absoluta de la gracia de Dios, que ha hecho de ella la Madre del Salvador: es la actitud de la esperanza, de sentirse y saberse salvada, de no gloriarse en sí misma sino únicamente en la misericordia divina.

2.- Versículos 51-53. El Dios objeto de la esperanza de María, es Aquél que «sostiene a los débiles, que auxilia a los pobres y oprimidos, es el

⁸ MISAS DE LA VIRGEN MARÍA, *La Virgen María, estirpe de Israel*, y *La Virgen María, madre del amor hermoso*.

⁹ «Concibió creyendo a quien alumbró creyendo... la concepción del hijo fue resultado de la fe de la madre». SAN AGUSTÍN, *Serm.* 215, 4.

¹⁰ «El «mi» de la Virgen María en su cántico, es un signo más de la realidad de la encarnación y de la autenticidad de la humanidad de Cristo... La humanidad de la persona de María condiciona la humanidad de la persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre». THURIAN, M., *María, madre...*, p. 135-136.

salvador de los que no tienen dónde esperar» (Jdt 9, 11)¹¹.

3.- El «Magnificat» termina (vv. 54-55) celebrando el cumplimiento definitivo de las promesas de Dios y de la esperanza de Israel: con la venida de Jesús al mundo ha surgido un nuevo pueblo, la comunidad humana universal, cuya esperanza está fundada en el presencia del Hijo de Dios en la historia.

El himno de María es la primera expresión de la esperanza cristiana en su dimensión personal y comunitaria, inmanente (en el mundo) y trascendente. La esperanza de la Virgen fue anticipación de la esperanza pascual, con que nació la Iglesia, y de la Iglesia misma.

No podemos menos de pensar que María vivió el resto de su vida y murió en la esperanza del encuentro definitivo con Jesús y de la participación en su vida gloriosa: es decir, en la misma actitud de esperanza en que recibió de Dios «cosas grandes» (Lc 1, 49). Por todo ello María es «**signo de esperanza**» que orienta nuestra existencia hacia el futuro del Dios que vendrá, y nos señala el camino de la verdadera esperanza cristiana: «**buscad el Reino y su justicia y lo demás se os dará por añadidura**» (Mt 6,33)¹².

II.- LA ESPERANZA DE MARÍA, CORONA DE LA FE.

La fe se presenta como la primera virtud teologal porque ella es la raíz de toda participación divina en nosotros y que nos introduce en el mundo sobrenatural. Pero la virtud de la esperanza en cuanto «nos alcanza a Dios y nos une a El» se presenta como «corona» o «culminación» de la vida de fe¹³. Todo «itinerario de fe viva, excita a la esperanza y obra por la caridad» (LG 41b). La fe es la que vincula al hombre con Cristo, pero es la esperanza la que abre, sostiene e impulsa esta fe al futuro amplísimo del Resucitado. De este modo la esperanza se convierte en acompañante inseparable de la fe cristiana.

¹¹ «La Virgen María es el símbolo en el que se retraduce el deseo revolucionario de los pobres en sentido humano y espiritual. Pecadores, pobres, marginados, afligidos, ven en María el ejemplar de una vida nueva de bien, activa y heroica, que va más allá de toda utilidad personal». GOFFI, T., «Espiritualidad»: FIORES S.; MEO, S., *Nuevo diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid 1.986, p. 667.

¹² ALFARO, J., *María, la bienaventurada...* p. 77-84.

¹³ «La esperanza de María creció en plenitud, al participar en la experiencia del don pascual del Espíritu (Hech 1, 14)... recibió la grandeza, reservada por Dios para su «escogida» (Lc 1, 28.30), de una participación suprema en la gloria de su Hijo». ALFARO J., *María la bienaventurada...*, p. 83.

A.- Una esperanza que no engaña.

La esperanza cristiana está referida a una realidad histórica concreta, y al futuro de ésta: **la resurrección de Cristo**, en la que, a su vez se haya inmersa una promesa y una garantía de cumplimiento de dicho futuro. Este entroncamiento histórico borra de la faz de la esperanza cualquier engaño de utopismo, entendido en sentido estricto, y a su vez, la convierte en la utopía por excelencia, si por tal término se entiende la apertura al futuro, al advenimiento pleno. La esperanza cristiana no nos saca, de ningún modo, ni de la historia ni del tiempo, como en realidad ocurre bajo la falsa apariencia de las corrientes epifánicas, ni lo detiene, sino justamente lo contrario, es decir, inaugura éste e impulsa a aquella hacia su meta última.

A la expectación creatural que constituye la esperanza, el hombre sólo encuentra una vía de acceso, la fe. De este modo, la fe cristiana obligatoriamente ha de ser una fe escatológica, una fe abierta hacia el horizonte prometido. La perspectiva escatológica ha de situarse, por tanto, en el centro de la fe cristiana, marcando de un modo esencial toda la vida y pensar del creyente en Jesucristo resucitado¹⁴.

Nuestra fe nos religa a un Dios, el bíblico Dios de la Promesa, que tiene el futuro como elemento constitutivo, no estando, por tanto, ni dentro ni por encima, sino delante de nosotros. Es por tanto, que la esperanza se apoya y se origina en la fe, y se apresura a ir... más allá de este mundo.

En definitiva, nos encontramos ante una fe que **deviene en esperanza**. La fe tiene el «prius», la esperanza tiene la «primacia». Tal es la relación entre ambas virtudes. Y esto se da en María, que a través de todas las generaciones se nos presenta como modelo de «**fe y esperanza que no desengaña**» (cf. Rom 5, 5) (RM 42) para todos los hombres.

B.- Un esperar contra toda esperanza.

En María es recapitulada la fe y la dichosa esperanza de Abrahán, de los patriarcas y profetas, del resto de Israel. Ella al ser signo de la esperanza

¹⁴ El tema de la repercusión que tiene en el pensar cristiano esta concepción de la esperanza es, sin duda, uno de los más interesantes de la obra de MOLTSMANN. Él propone una traslación del anselmiano **fides querens intellectum** -que hasta ahora ha marcado, de un modo u otro, toda la reflexión teológica cristiana- por un **spes quarens intellectum**, originando un nuevo pensar, un pensar expectativo, en el que todos sus postulados obligatoriamente estén referidos al futuro, y éste se convierta en el «único» problema de la teología.

y cumbre de la fe de un pueblo, es aclamada por la Iglesia: **«Goza y alégrate, regocijo de los patriarcas»**. Sin embargo:

«María entró en el acontecimiento de la salvación más personalmente que Abrahán. Se beneficia de los progresos que ha hecho la revelación en los casi dos mil años transcurridos desde Abrahán. Hay todo un mundo de diferencia entre el objeto de la esperanza de Abrahán -la cual estaba profundamente orientada a lo terreno, a la prosperidad y a la descendencia- y el objeto al que se orientaba la fe de María»¹⁵.

María esperó al Salvador como virgen prudente y mujer fuerte en la fe y así **«la concepción del hijo fue resultado de la fe de la madre»¹⁶**, y como recoge el Prefacio de la Misa de La Virgen María, stirpe de Israel: **«Ella, descendiente de Abrahán por la fe concibió en su seno creyendo»**. De esta forma hay un paralelismo entre la figura del «padre de todos los creyentes» y la madre del «autor de la fe», ambos son modelos y ejemplos de creyentes profundos, que supieron «esperar contra toda esperanza». Y así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen («¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?»), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Redentor. De esta manera la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo. Sin embargo, las palabras de Isabel, «feliz la que ha creído» no se aplican sólo al momento decisivo de la anunciación sino a todo el «camino hacia Dios» que recorrió la Virgen (RM 14).

Para penetrar el misterio de la fe de María, **JUAN PABLO II en la encíclica Redemptoris Mater**, toma como clave interpretativa el tema paulino de la obediencia de la fe; a partir de ahí va leyendo la vida de la Virgen como un itinerario de fe y que mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz (RM, 2)¹⁷.

¹⁵ LAURENTIN, R., «María, prototipo e imagen de la Iglesia»: *Mys Sal IV / 2*, Madrid 1.984 (2^a), p. 313.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Serm.* 229, 4. «María realizó la maternidad en libertad, con un admirable espíritu de acogida consciente, de fe... María concibió a Cristo en un acto teológico de fe». GARCIA PAREDES, J. C. R., *Mariología*, BAC, Madrid 1.995, p. 347-348.

¹⁷ «Dado que su camino es tipo del de todos los hombres vinculados con la trascendencia, desde la antigua alianza hasta la nueva en Jesucristo». MULLER, A., *Reflexiones teológicas sobre María, Madre de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1.985, p. 70.

C.- Una esperanza dolorosa.

A través de obediencia de la fe, el hombre se confía libre y totalmente a Dios. Creer quiere decir «prestar el homenaje del entendimiento y de la voluntad» (RM 13); creer significa **«proclamar nuestra insuficiencia radical y apoyarnos en la solidez y firmeza de la palabra de Dios. La fe de María no es confianza en sí misma, no es autosuficiencia, sino adhesión a la palabra de Dios, completo y confiado abandono en su voluntad»**¹⁸. Esa experiencia de la doncella de Nazaret tuvo mucho de penumbra, de heroísmo, de sufrimiento, de confianza absoluta a pesar de todas las apariencias.

Las palabras del anciano Simeón parecen como un segundo anuncio dirigido a María que le muestra la concreta dimensión histórica en la cual su hijo cumplirá su misión: en la incompreensión y en el dolor (Lc 2, 34-35), en los cuales María misma queda implicada.

Luego, como Abrahán, también María «salió sin saber adónde iba» confiando absolutamente en la palabra y en el Dios que proveerá (Mt 2, 20-26). El evangelista Mateo muestra cómo la pasión se anticipa en la infancia de Jesús: después de la visita y adoración de los magos, el Niño es perseguido a muerte y con él es perseguida su madre: tiene que huir. Se inicia una espera dolorosa que no finalizará con la muerte de Herodes, sino que se prolonga en el largo período de la vida oculta de Nazaret que es como una interminable «noche oscura de la fe» y que tendrá su culmen cuando ella se encuentre de pie junto a la cruz de su hijo.

María debió percatarse muy pronto de que aquel Jesús que crecía entre sus cuidados maternos y bajo la paterna solicitud de José **«era un enigma permanente que superaba su capacidad de comprensión... Ella no entiende, pero supera esa oscuridad de la fe con su actitud disciplinar: recordando y meditando los hechos y las palabras de Jesús»**¹⁹.

María cree y espera firmemente que la palabra de Dios se cumplirá, por eso participa en la más profunda **kénosis** de la fe que se haya dado en la historia de la humanidad. Ella acepta la espada que es la cruz de Cristo plantada en su corazón de madre, a quien han sido hechas las más maravillosas promesas. Como todo creyente, tendrá que vivir esta prueba de la fe. La Virgen saldrá victoriosa de esa dolorosa prueba de la «espada-cruz» sólo por la aceptación total, en la fe, de que su Hijo puede ser al mismo

¹⁸ DOMÍNGUEZ ASENCIO, J.A., *María, estrella de la Evangelización*, Paulinas, Madrid 1.991, p. 75.

¹⁹ *Ibid.*, p. 85.

tiempo el Mesías-Rey y el Servidor-Sufriente, el Hijo de Dios y el Crucificado. Ganará la victoria de la fe únicamente admitiendo la cruz en la vida de su hijo, por muy Hijo de Dios que sea, y en su propia vida de creyente y de madre²⁰.

A ejemplo de la Madre del Redentor, y sabiendo que en nuestros dolores nada es vano, si en verdad los padecemos por Cristo, y en la seguridad también de que como «el oro es probado en el crisol», así nuestra esperanza como corona de una vida-fe ha de pasar por situaciones de «destierro» y «noches oscuras», para que desprendidos de toda falsa confianza en los «ídolos» de este mundo, encontremos en las situaciones de esperanza dolorosa una llamada privilegiada para que se reproduzca en nosotros la imagen de Jesucristo crucificado y así podamos verdaderamente encontrar nuestra alegría en los dolores de Cristo para llegar un día a la gloria de la resurrección²¹.

III.- LA ESPERANZA DE MARÍA, PROTOTIPO Y MODELO DE CARIDAD.

La Virgen es modelo y ejemplar acabadísimo «no solo de la fe y de la esperanza, sino sobre todo de la caridad» (LG 53. 63). Ella fue toda de Dios, de un «Dios que es Amor, predica Amor y envía Amor», Él era el único objeto de su esperanza, todo lo que no era amor no entró en la vida de María, porque no fue tocada por el pecado que es el «desamor»²². Por ello, la esperanza de María es limpia, virginal y activa. De hecho, sólo en el horizonte del Dios de «su esperanza» es posible entrar en la verdadera caridad cristiana, es decir, sólo en dicho horizonte resulta posible pasar de

²⁰ «I suoi dolori sono il riflesso dei dolori di Cristo nello specchio della sua anima materna, e le sue intenzioni erano il riflesso spirituale di quelle di Cristo-Redentore». LAURENTIN, R., *La Vergine Maria. Mariologia post-conciliare*, Paoline, Roma 1.973 (4ª), p. 282.

²¹ THURIAN, MA., *María, Madre del Señor...*, p. 145-169. Es bueno recordar que «los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a su Madre. Este inefable misterio de alegría queda bajo el velo de un místico silencio. Ciertamente, ella, la primera redimida, así como estuvo de modo especial cercana a la cruz del Hijo, así también tuvo una experiencia privilegiada del Resucitado, capaz de causarle una alegría intensísima, única entre las de todos los demás salvados por la sangre de Cristo». JUAN PABLO II (10-4-1.983) en: CARDA PITARCHA, J.M., *El misterio de María*, Atenas, Madrid 1.986, p. 195.

²² «... la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano» (DS 2803).

un amor que sea pura «**philia**» (φιλία) -amor a lo existente y a lo idéntico, un amor hacia el otro que es igual que yo, hacia el amigo-, a un amor que sea «**agape**» (αγάπη) -amor a lo no existente, desigual, indigno, pasajero y muerto, un amor que es donación, gratuidad-, un amor que toma sobre sí el elemento aniquilador del mal, porque recibe su fuerza de la esperanza en una «**creatio ex nihilo**», de la cual en la resurrección tiene promesa y garantía de cumplimiento.

A.- Caridad esperanzada.

La caridad constituye, junto con la fe y la esperanza, la actitud fundamental que caracteriza a la vida cristiana. Sin la caridad no puede darse respuesta o expresión plena de la fe y la esperanza, es decir, una adhesión plena a Dios y una confianza firme en sus promesas de salvación.

El amor de Dios salvador se nos manifiesta encarnado en Jesucristo el Hijo Amado (Mc 1, 11 y parl; Lc 1, 47; 1Jn 12, 15). Él es la caridad del Padre. Él es nuestro paradigma: «... como yo os he amado» (Jn 15, 12). Solamente por Él llegamos a amar a Dios y al prójimo²³.

La caridad no pertenece a la naturaleza humana como propiedad ni puede ser fruto de nuestros actos. Es el Espíritu Santo quien la infunde en nuestros corazones y en el caso excepcional de la Virgen María toda «ella es plasmada por el Espíritu Santo... enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular...» (LG 56). Por eso la liturgia la proclama Madre del amor hermoso: «**todo es hermoso y agradable en ti, Hija de Sión, hermosa como la luna y límpida como el sol, bendita entre las mujeres**»²⁴. Fue la mujer de un único amor; amor de alcance pneumático. Su Virginidad como expresión del amor caritativo

²³ «El ágape o la caridad (en sentido bíblico) sería el amor de Dios que regala sin recibir, se prodiga neciamente y sólo por su propia acción hace al hombre digno de este amor; y, finalmente, sólo por pura gracia de Dios se le da al hombre parte en este ágape divino con que él ama a Dios mismo y a su prójimo». RAHNER, K., «Amor»: *Sacramentum Mundi*, Herder, Barcelona 1.982 (3ª), I, p. 117.

²⁴ MISAS DE LA VIRGEN, *Antífona de entrada. La Virgen María, madre del amor hermoso*.

²⁵ «Jesús fue concebido «absque semine ex Spiritu Santo (Cc. Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo... La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María (cf. DS 427)... su virginidad es el signo de su fe... María es a la vez virgen y madre porque ella es la figura y la más perfecta realización de la Iglesia». CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 496-507.

²⁶ MISAS DE LA VIRGEN, *Prefacio de la Misa de la Virgen María en el Cenáculo*.

total fue profundizándose a medida que su ser se volvió resucitado en Cristo, hasta convertirse en «virgen inefable» cuando resucitó a la vida bienaventurada²⁵. Ella, **«vigilante en la oración y fervorosa en la caridad, es figura de la Iglesia que, enriquecida con los dones del Espíritu, aguarda expectante la segunda venida de Cristo»**²⁶.

La caridad en María y en la Iglesia tiene como única «fuente», como única «alma» al Espíritu Santo. Pero además, se trata de una caridad, que por la identidad que proclama entre el crucificado y el resucitado, es capaz de llamar bienaventurados a los pobres, se hace cargo de los miserables y oprimidos, de los humillados y ofendidos, de los hambrientos y moribundos, porque reconoce la parusía del Reino: **«al final ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido»** (Ap 21, 4). De esta manera, la caridad esperanzada atraviesa todo lo real, encontrando un futuro no sólo para la felicidad sino también para lo pasajero, para lo moribundo, para lo muerto, porque ella es el camino para alcanzar un día en plenitud el objeto de nuestro esperar.

Desde esta caridad esperanzada, el cristiano asume su responsabilidad histórica, disponiéndose y disponiendo al mundo para recibir la gracia de la salvación futura.

El cristiano esperanzado, de este modo, se va impregnando de una auténtica «pasión por lo posible», porque «nada hay imposible» para el Dios del Amor que se manifestó en el misterio de la encarnación.

B.- Sacramento del amor materno de Dios.

La gran originalidad de la revelación cristiana es que por Cristo, «Caridad del Padre», hemos sido constituidos en amigos de Dios: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando... os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí, os las dí a conocer» (Jn 15, 14-15). «La caridad es una amistad del hombre con Dios»²⁷, esa amistad misteriosa que acogemos por la fe y está motivada por la esperanza en Dios como Bien Supremo, es una amistad realísima y profunda que perfecciona al ser humano y le confiere una plenitud, que la misma amistad humana es incapaz de otorgar. La fe-esperanza en cuanto acto de confianza absoluta en Dios, que nos salva en Cristo, implica la entrega total del hombre a Dios

²⁷ SANTO TOMÁS, *Summ. Theol.* II-II. q.23, 1; «Dios se dirige a los hombres y les habla como amigos para invitarles a la comunión con él», DV 2.

²⁸ PIANA, G., «Esperanza»: FIORES, S.; GOFFI, T., *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Paulinas, Madrid. 1.991 (4ª), p. 614.

y a los hermanos. Confiar en Dios significa amarlo «no sólo de palabra y con la boca, sino con las obras y de verdad» (1Jn 3, 18).

La esperanza está llamada a asumir el significado del amor divino, y en este sentido se convierte en el fundamento que hace posible el amor. Así, la esperanza, es la que arrastra todo consigo, porque «el amor ama sólo lo que existe; pero la esperanza ama lo que existirá... en tiempo y por toda la eternidad»²⁹. De hecho, las criaturas que viven de ese amor divino alcanzan un equilibrio y una riqueza espiritual que ningún amor humano puede producir. En el caso de la «Madre del Señor», esto se dió en grado pleno, por eso los Padres de la tradición oriental llaman «**La Todo Santa**» («**Panagia**»).

En la esperanza de María todo «es bello y santo» por eso revela una comunión con Dios tan total y absoluta que no se da en otra criatura alguna²⁹. Esa hermosura que irradia el ser y la vida de la Virgen nace de su vinculación íntegra con el Dios Uno y Trino que la convierte en: «**Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo**».

De tal manera, podemos decir que María ha sido pensada en los designios eternos de Dios como un «cáliz» completamente abierto para acoger el amor divino y verterlo sobre los hombres, de tal manera que ella se convierte en el verdadero rostro materno de Dios. En María, lo femenino es asociado al misterio mismo de la Trinidad: tanto en la anunciación como en la asunción, María es asumida por el Espíritu Santo. Ella como mujer «es imagen y semejanza» del Paráclito, por lo que la reflexión cristiana le ha atribuido el carácter femenino de Dios, de tal manera que siendo «la virgen-madre» de Dios y de los hombres, realiza de forma absoluta y escatológica lo femenino y maternal de lo divino y revela con su cariño el ser mismo de Dios³⁰. Un hombre de nuestro pueblo contemplando la Esperanza Macarena hablaba de esta manera:

²⁹ «María no puede ser parangonada con ningún personaje del AT ni del NT, por eminente que haya sido su santidad. Ella es algo más. La escucha y acogida del mensaje celeste significan que ha sido elevada a criterio para la familia escatológica que Jesús reunirá». PERETTO, E., «Sierva»: FIORES S.; MEO S., *Nuevo diccionario...*, p. 1.858. Cf. CALERO, A. M.; *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, CCS, Madrid 1.990, p. 97-98.

³⁰ «Maria ha per noi veri sentimenti di madre, e..., collabora alla nascita e allo sviluppo della vita divina in noi. Così, questa vita riveste per noi una **modalità materna...**, Maria è davvero, secondo l'espressione felice di Paul Claudel, «**il sacramento della tenerezza materna di Dio**». MELOTTI, L., *Maria, la Madre dei viventi. Compendio di Mariologia*, Elle Di Ci, Leumann 1.986, p. 112. Cf. BOFF, L., *El rostro materno de Dios*, Paulinas, Madrid 1.985 (3^a); AMATO A., «Dios Padre»: FIORES S.; MEO S., *Nuevo Diccionario...*, p. 600-614; PIKAZA, X., *María y el Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1.981, p. 82.

³¹ AA.VV., *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, BAC, Madrid 1.979, p.282.

«La Virgen Santísima es para mí, lo más dulce y materno de una madre. Creo que Dios tiene que ser así».

Así lo ha entendido el episcopado latinoamericano reunido en Puebla, cuando afirma: **«María constituye el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía de Dios»**³¹. Y es que, en María, como verdadera «Theotokos», la humanidad ha recibido la máxima autocomunicación de Dios.

C.- Reina por ser esclava: plenitud de caridad.

La caridad divina, tal como se revela en el «Dios Humanado», es donación total al servicio de los otros (cf. 1Jn 4,8.16). «El mayor sea como el que sirve» (Lc 22, 26; Jn 13, 13). Este es el modo en el que María vivió y sigue viviendo su caridad, de suerte que después de haberse reconocido «esclava del Señor» (Lc 1, 38) «se puso en camino y se fue de prisa a la montaña... a casa de Isabel» (Lc 1, 39-40). El evangelio pone de relieve la solicitud plena de caridad de la Virgen para su parienta Isabel, necesitada de ayuda. De esta forma, se evidencia el generoso impulso de amor al servicio solícito del prójimo, provocado por la inhabitación de la presencia divina³².

María se dio toda entera al servicio de Dios Padre y de los hombres, por eso mismo, es llamada «bienaventurada» porque «escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica» (Lc 11, 27-28; cf. Lc 1, 42; 8, 19-21). Ella se nos presenta como prototipo del verdadero discípulo de Jesús (Jn 13, 34-35), y además, nos ofrece el criterio de discernimiento final del «atardecer de nuestra vida» cuando seamos juzgado en el amor (Mt. 25, 21ss). Porque en definitiva, si Dios nos ha amado primero, ¿qué otra cosa debemos hacer aquellos que miramos a María como Madre de nuestra Esperanza?: pues también «nosotros debemos amarnos unos a otros» (1Jn 4, 11). Ya que, la esperanza en el futuro de Dios, que es futuro común, sería vana si no incluyera la solidaridad presente del amor realizado en la acción.

En el plan de salvación, reinar quiere decir servir y servir significa reinar. Ahora bien, María se convierte en madre del rey mesiánico porque se declara «sierva del Señor». Y como Cristo resucitado es exaltado por haberse humillado como siervo paciente del Padre, así María es puesta en

³² Cf. SARTOR, «Visitación»: D., FIORES S.; MEO, S., *Nuevo diccionario...* p. 2.040-2.046.

³³ Cf. SERRA, A., «Reina»: FIORES, S.; MEO, S., *Nuevo diccionario...*, p. 1.720-1.721; PERETTO E., «Sierva», p. 1.854-1858.

la parte del triunfo regio de su Hijo por haberle servido generosamente en la obra de la salvación. Y así, aunque reina en la gloria celeste, la madre de Jesús no deja de servir al Hijo en los hijos y «con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad, hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»(LG 62)³³.

María, sigue siendo lo que fue en Caná (Jn 2, 1-12). Como madre del Señor, se muestra atenta en insinuarle **«no tienen vino»**, que son hoy las múltiples carencias de la mesa de la humanidad: la falta de fe, el hambre, las guerras, las injusticias sociales, las viejas y nuevas miserias del hombre... Sugiriendo una vez más, sin descanso, su invitación saludable: **«haced lo que él os diga»**, María orienta la aventura de la fe hacia un éxito feliz y esperanzador del amor. Sus palabras tienen que unirse con aquellas de Jesús que nos dice: **«vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando»** (Jn 15. 14)³⁴.

IV.- CONCLUSIÓN: EN LA ESPERA DEL TERCER MILENIO DE NUESTRA FE.

En la Carta Apostólica **«Tertio Millenio Adveniente»** de JUAN PABLO II, María es presentada como **«la mujer del silencio y de la escucha, la mujer de la esperanza»** (n. 48). Ella nos enseña a saber esperar en el silencio meditativo de la Palabra de Dios y en la escucha de los «signos de los tiempos», el acontecimiento celebrativo del **Jubileo del 2000** no limitándonos a recordar una mera fecha histórica sino **«el envío de Dios de su Hijo, nacido de mujer... en la plenitud de los tiempos... ya que nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de la criatura humana»** (n. 2). Para ello es necesario:

«Suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solida acogida del prójimo, especialmente del más necesitado.» (n. 42)

La figura de María representa hoy para la Iglesia una llamada urgente a la conversión y a la esperanza en Cristo, para así adentrarnos en el Tercer Milenio del cristianismo con renovada fe y ardiente caridad que

³⁴ Cf. THURIAN, M., *María, madre...* p. 171-193.

haga posible un vuelco más comprometido en las tareas de la **«Nueva Evangelización»**. Sin el testimonio de santidad de vida de los cristianos, la Iglesia del futuro no podrá afrontar los desafíos de los **«nuevo areópagos de la civilización contemporánea, de la cultura, de la política y de la economía»** (n. 57).

Es en esta situación concreta de la humanidad donde la Iglesia debe cumplir hoy la misión de testificar con la acción y la palabra la Buena Noticia de la esperanza salvadora a todos los hombres. La venida del Reino de Dios que Cristo anunció y que la Iglesia está llamada a instaurar y proclamar, no es una realidad meramente futura al fin de los tiempos, sino actual y presente en la tierra, como comienzo y anticipación de la plenitud venidera. El compromiso por la instauración de un mundo más justo y fraterno es por tanto una exigencia de la esperanza cristiana (cf. GS 63).

La devoción a María bajo la advocación de la Esperanza no es auténtica, sino cuando expresa y cumple las exigencias de la fe y de la caridad cristiana. La actitud de cada cristiano y de la comunidad eclesial debe reflejar este aspecto mariano de nuestra salvación: Creer y esperar en Cristo **con y como** María; amar y servir a Cristo en sus hermanos, los hombres, **con y como** María, que se entregó plenamente a Sí misma en el don de su Hijo por la salvación del género humano, y que, en palabras del Papa PABLO VI, nos dice:

«La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de elegidos... De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del verdadero culto tributado a la Virgen»³⁵.

³⁵ PABLO VI. *Exhortación apostólica «Marialis cultus»*, n°. 57; Cf. ALFARO, J., *María, la bien-aventurada...*, p. 27. 88-90.